

# ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

De EL VEINTICUATRO DE CORDOBA

Por JUAN RUFO

En una ciudad famosa,  
que Córdoba es su apellido,  
edificio de Marcelo,  
ilustre y esclarecido,  
de la cual él se preciaba  
más que de su propio nido,  
porque antes que la fundase,  
del bello sitio movido,  
a los arúspices grandes  
grandes cosas había oído;  
vista la disposición  
de los celestes caminos,  
contemplados los planetas  
y el lugar reconocido,  
afirmaron que sería  
dotado y ennoblecido,  
de ingenios y fortaleza  
mejorado y preferido;  
lo cual por larga experiencia  
manifiesta cosa ha sido,  
que no convienen ejemplos  
en negocio tan sabido.

. . . . .

*Tercetos* de Juan Valladares de Valdelomar, en el

## CABALLERO VENTUROSO

¡Oh Córdoba!, felice y más famosa  
que en toda Europa Apolo y Marte esmalta,  
insigne, leal, fértil y abundosa.

Vuela tu nombre al cielo en voz tan alta,  
que se eterniza en todo el orbe el nombre  
de tu fama, que en él siempre se exalta.

.....

Bien puedes, madre, desechar el luto  
con que a tus hijos Séneca y el Mena  
y a tu Gran Capitán pagas tributo.

Enjuga el rostro, deja llanto y pena,  
vive de hoy más alegre, pues produces  
perlas preciosas de tu blanca arena.

.....

El pretérito tiempo y sabio alabe  
la virtud de tus hijos tan propicia  
y tan grande en el mundo, que no cabe.

Resplandecen tus rayos en milicia,  
de Hétores animosos y valientes  
y otros heróicos en hacer justicia.

De entendimientos raros y elocuentes  
con cinco mil hidalgos ilustrada,  
mayorazgos, quinientos evidentes.

## TU NOMBRE

De Francisco Arévalo, en *Córdoba cárcel de Amor*.

Yo adoro tu nombre, yo adoro tu cielo,  
tu tierra y tus flores;  
los mezclo en mis cantos, mis ansias, mi anhelo,  
mis nobles placeres, mis sueños de amores.  
Yo adoro tu nombre, pues suena en mi oído  
con música grata, que mi alma embelesa  
y tiene en mi pecho refugio florido,  
blandura de nido,

caricia de amante, rumor de promesa.  
 Tu nombre, tu nombre devuelve a mi vida  
 de un canto amoroso la nota dormida,  
 de un noble cariño la gloria esplendente,  
 de un culto el perfume, de un duelo la herida,  
 de un tiempo lejano la imagen latente.  
 Tu nombre, tu nombre refulge en la sombra  
 del triste sendero que guarda mi sino;  
 tu nombre es mi fuente de todo camino;  
 con santos fervores mi labio te nombra.  
 Que en tí se forjaron mis nobles ideales,  
     mis lances más bellos,  
     mi dicha más buena,  
 y en tí, para mi ansia de amor, fueron leales  
     los labios aquellos  
 de aquella hembra hermosa, de cara morena.  
 Es Córdoba, es ese tu nombre sonoro,  
 es Córdoba, el nombre de excelsa bonanza;  
 por él los ensueños, la dulce esperanza;  
 por él las venturas, las glorias y el oro.  
 . . . . .  
 Yo tengo con llanto regado tu suelo,  
     tu límpido cielo  
 de risas y amargos suspiros poblado;  
 venero tus sombras y admiro tu calma;  
 contigo dichoso, contigo apenado.  
 ¡Yo tengo tu nombre metido en el alma!  
 Lo adoro, lo rezo, lo canto, lo lloro,  
     lo invoco en mi cuita,  
 lo digo en mis noches de angustia infinita,  
 lo aclamo en delirios, cual santo tesoro:  
 mi labio en las horas de paz lo musita;  
 ¡lo lloro, lo rezo, lo canto, lo adoro!



LA CIUDAD

. . . . .  
 Aquí el reino vegetal, en donde tan lindos amigos encuentra el hombre, domina en la calle, en el jardín, en el patio, en el balcón, en las habitaciones y en

la cabeza de las mujeres; y como la campiña linda inmediatamente con la ciudad, de aquí que el aire y la luz y los sonidos y el olor sean comunes al uno y a la otra. Los pajarillos entran o cruzan por las calles como de paso; en casi todas ellas hay una pared de enfrente, que es la sierra, con su verdor de innúmeras graduaciones, o es la campiña, con la uniformidad de su ondulado de mar de trigos o de tierra morena y cálida,

La ciudad toda huele a azahar en la primavera, cuando los naranjos están en flor; huele a trigo cuando, en mayo, comienza la recolección, y a jazmín y a nardo y a dama de noche en el otoño, cuando los primeros fríos comienzan a manifestarse ajironando el cielo con esas nubes enrojecidas por el color de los madroños que ya comienzan a madurar por toda la sierra.

La ciudad está en el campo; así es que cuando la luna sale alumbra en todas las calles, y cuando el calor aprieta lleva sus rayos a todos los rincones, porque los conoce todos; registra todos los portales y su paso por las paredes de las casas es una sinfonía sólo perceptible con el sentido del tacto. ¡Con qué delicada suavidad van acariciando las blancas casas los tenues rayos de la luna blanca!

Pero, de todas maneras, es difícil comprender, hay que reconocerlo, este problema sencillo de que la ciudad está en el campo. Para muchos es causa de risa hasta que no respiran este ambiente descansado y tranquilo; hasta que no viven en estas casas hogareñas, en las que, antes que la higiene y la civilización lo manden, que ya lo mandarán, se ha procurado que entre el sol como una necesidad tan imperiosa como la de que entre el agua; en estas casas en donde está prohibido que no haya ventanas a todos los aires. En este hogar donde las paredes, que nos conocen ya, que afectuosamente nos reciben todos los días, van recogiendo todas nuestras imágenes para poner calor y consuelo en la hora de nuestro tránsito. Y sólo en estas casas es donde se comprende bien lo necesario que es ese lugar único donde pueda uno encerrar sus tristezas o sus alegrías, es cuando se tiene que llorar o reír en silencio.

¡Dulces casas que riman alegres con la sinfonía en blanco de sus paredes!  
 ¡Que han llevado a sus balcones las macetas, que son los ecos de su jardín!  
 ¡Dulces casas que parecen espejos de las mocitas que las viven, siempre iluminadas de flores, y por eso, siempre tan acogedoras y amables!

Estamos en el campo, gozando de las delicias de la naturaleza; tenemos a borbotones el aire de la Sierra; el manso río pasa por nuestro huerto cantando suaves melodías; el perfume de los naranjales y limoneros satura el ambiente. Pero estamos también en la ciudad, porque ella siempre fué heraldo de las

ideas, incubadas unas veces en su seno y otras recogidas valientemente; en esta ciudad, en la que, cuando la bandera de la cultura no la enarboló un hombre, la ondeó una colectividad. En Córdoba, en donde el recuerdo de los sabios que vivieron en ella perdura tan hondamente, que está siempre dispuesta a albergar a todas las ciencias, a todas las artes, a todos los hombres, sin que ni unos ni otros puedan quejarse en momento alguno de incomodidades o desatenciones.

Esta es la ciudad grande. La de nuestros alegres días de fiesta; la que todo forastero puede visitar y nosotros mostrarnos orgullosos. Pero al lado de ésta hay otra ciudad pequeña, que nosotros ocultamos cuidadosos o indiferentes, a veces, por que tememos que no la comprendan, a veces, porque la consideramos poco brillante y seria. Es la pequeña ciudad de todos los días, la de los conflictos menudos, la de las tenues risas asordinadas.

Una noche caminamos por una calle estrecha; en una de las blancas paredes hay una reja; en la reja una maceta de claveles; una mocita posa al lado de la rosa de su boca el clavel y aspira el olor. Dudamos un poco entre cual es el taillo y cual el clavel. Y el clavel dice:—¡Qué bien huele!

Nada más. Pero el eco de la voz de la mocita camina alegre por la calle estrecha; el brillo de sus ojos negros refleja los rayos de la luna de la pared vecina; y, sin querer, nos llevamos un largo trecho la bella imagen de su cara prendida en nuestra imaginación, hasta que el ruido de nuestros pasos nos despierta y oímos cómo se acompasa con ellos la cadencia de unas soleares cantadas en la soledad, que es cuando mejor expresan el entono del corazón; entonces intentamos deternernos para oír el último verso de la maravillosa copla; pero ya es imposible; la calle ha dado su séptima vuelta, y ahora estamos ante una baja tapia por donde se asoman unos ramos de jazmínes, que crecen verdes porque les da sombra un naranjo. Y caen, en catarata, ahogadores perfumes. Dudamos de que ese desbordamiento de olor no se vea, y cuando nos ponemos a escudriñar observamos que casi a nuestro lado hay una sombra muy pegada a la reja. Instintivamente llevamos a nuestro oído toda nuestra potencialidad de atención, y nos sentimos avergonzados al darnos cuenta de que estamos escuchando... un final de película seria. Avivamos el paso inútilmente, porque nadie nos ha escuchado y venimos a salir a una leve placita en donde unas muñecas saltan, cantando:

Al cocherito, leré  
le dije anoche, leré  
que si quería, leré  
llevarme en coche, leré...

Las tenues voces nos siguen un poco; pero miramos a la placita breve y nos quedamos un poco sorprendidos al darnos cuenta de que hemos llegado, desde Santa Marina a Santiago en un salto de un segundo.

Pero es inútil que invitemos a nadie a este salto, o que le ponderemos toda la intensidad de vida que hay en la Corredera, especialmente al caer la noche, o que le digamos por qué procuramos pasar todos los días por la calle de Gondomar en donde casi nunca tenemos nada que hacer. Esto es lo nuestro solo, lo que guardamos para la intimidad de nuestros días.

Y, además, digámoslo un poco valientemente; no es para todos. Porque para comprender el corazón de la ciudad, para gozar con su gozo y llorar con su pena, es necesario, es absolutamente necesario enseñar y entregar nuestro propio corazón; y entonces, los dos corazones unidos pueden muy bien acompañarse en la dulce estrofa de amor, que será la que suene en los aires cuando llegue la hora de nuestro tránsito y nos llenará de alegría al comenzar el sueño tranquilo que nos aguarda cobijados en el regazo del alma acogedora y amable de la ciudad.

(Por J. M. Camacho Padilla, en *Guía lírica de Córdoba*).

